

CAPITULO I:
EL NACIMIENTO DE LA SENSIBILIDAD "CIVILIZADA"
Y SU ENTORNO

I. A la búsqueda de décadas claves.

El investigador de la historia de la sensibilidad advierte que hacia 1900 está en presencia de sentimientos, conductas y valores diferentes a los que habían modelado la vida de los hombres en el Uruguay hasta por lo menos 1860. Una nueva sensibilidad aparece definitivamente ya instalada en las primeras décadas del siglo XX aunque perviven —tal vez hasta hoy— rasgos de la anterior "barbarie".

Esa sensibilidad del Novecientos que hemos llamado "civilizada", disciplinó a la sociedad: impuso la gravedad y el "empaque" al cuerpo, el puritanismo a la sexualidad, el trabajo al "excesivo" ocio antiguo, ocultó la muerte alejándola y embelleciéndola, se horrorizó ante el castigo de niños, delincuentes y clases trabajadoras y prefirió reprimir sus almas, a menudo inconsciente del nuevo método de dominación elegido, y, por fin, descubrió la intimidad transformando a "la vida privada", sobre todo de la familia burguesa, en un castillo inexpugnable tanto ante los asaltos de la curiosidad ajena como ante las tendencias "bárbaras" del propio yo a exteriorizar sus sentimientos y hacerlos compartir por los demás. En realidad, eligió, para decirlo en menos palabras, la época de la vergüenza, la culpa y la disciplina.

Esa sensibilidad que hizo del "pudor" y el "recato" una norma sagrada que impuso al alma y también al cuerpo, ¿cuándo dominó a la anterior sensibilidad "barbara", la del juego y la risa estridente, la libertad gestual, la muerte macabra exhibida, la violencia física y la desvergüenza con que el individuo se mostraba e imbricaba en lo colectivo?

En la historia de la cultura, las fechas que delimitan períodos son casi fantasmas. Y sin embargo, la Historia necesita siempre de marcos cronológicos que, a pesar de su arbitrariedad, permitan entrever su sustan-

cia, el tiempo. Vaya esto como advertencia al intento que sigue de aprehender dentro de qué límites se situó el nacimiento de la sensibilidad "civilizada" en toda la sociedad uruguaya.

Un análisis cuantitativo de las más significativas medidas gubernamentales y las modas sociales indicadoras del triunfo de la "civilización", demuestra la existencia de tres décadas claves en la implantación del nuevo orden: los años que van de 1860 a 1890. De 33 hechos de esa naturaleza que hemos relevado, 26, o sea el 79%, corresponden a esos treinta años. Señalemos los esenciales.

En el terreno del disciplinamiento del ocio y la anulación de la Fiesta, de 1873 es el edicto de la Policía de Montevideo que prohibió el juego de agua en Carnaval y fuera acatado por vez primera por la población; y de 1877 es el Decreto Ley de Educación Común que impuso a los niños la obligatoriedad de la concurrencia a la escuela primaria.

El rechazo de la violencia física experimentó su primer gran triunfo efectivo con la prohibición de esa clase de castigos a los niños impuesta por el Reglamento de las Escuelas del Estado firmado por el Inspector Nacional José Pedro Varela en 1877, aunque recién culminó en 1907 con la sanción de la ley que abolió la pena de muerte.

La implantación del puritanismo sexual acusó un decidido impulso bajo el gobierno eclesiástico del Vicario y luego Obispo, Jacinto Vera (1860 - 1881); se nutrió de las rigurosas separaciones de sexos impuestas por los edictos policiales y reglamentos ministeriales en los "baños de mar" (1861) y el Hotel de Inmigrantes (1884), y también del horror ante la "seducción" que hasta los dirigentes sindicales anarquistas testimonian en su prensa ese último año.

Por último, el alejamiento de la muerte y su embellecimiento negador de lo macabro, hallaron su concreción en el Decreto de 1861 que prohibió las misas de cuerpo presente en Montevideo; la resolución de la Junta Económico-Administrativa de la Capital en 1865 prohibiendo la concurrencia de los escolares en corporación a los entierros de niños; el triunfo de la cruz sobre las imágenes macabras en los avisos fúnebres de la prensa entre 1865 y 1871; el edicto policial de ese último año que ordenó llevar cubiertos los cadáveres en los ataúdes; las primeras manifestaciones de la pompa fúnebre a la italiana hacia 1883; y la prohibición por la Junta Económica Administrativa de Montevideo de la propaganda de objetos fúnebres en 1891.

Pero no debemos olvidar que a menudo estas resoluciones represen-

tan hechos socialmente diferentes. En algunos casos ellas respondían a la sensibilidad "civilizada" de la elite que buscaba imponerse al resto de la colectividad. La supresión del juego de agua en 1873, por ejemplo, creemos sea de esta naturaleza pues el juego renació con ferocidad años después. En otros casos, en cambio, culminaban procesos en los que toda la sociedad participaba del horror ante la sensibilidad antigua promoviendo su "civilización", por ejemplo, cuando la Junta Económico-Administrativa montevideana prohibió en 1886 la instalación de "carpas" en que se vendían bebidas alcohólicas frente a los Cementerios los 2 de Noviembre, hecho que fomentaba la "indecente" mezcla de la Muerte con la Fiesta, típica de la anterior "barbarie".

Por consiguiente, ciertas formas de la sensibilidad antigua tardaron en transformarse más que otras y el avance de lo nuevo fue discontinuo, contribuyendo a ello sobre todo las diferencias entre elite y mayoría, pero también un fenómeno más difícil de detectar y sobre el cual la investigación nuestra no ha avanzado lo suficiente: la mayor supervivencia de lo viejo en planos como el de la muerte, por ejemplo, frente a la relativa velocidad con que fue vencida la Fiesta popular y su acompañante, el ocio.

Para explicar los diferentes tiempos con que los distintos planos de la sensibilidad "bárbara" fueron sustituidos, muy probablemente debemos tener en cuenta el nuevo modelo económico y social que a la par se instaló en el Uruguay. De este modo se entendería con cierta sencillez que el ocio haya sido derrotado antes que la imagen macabra de la muerte, pues vencer al ocio formó parte de los objetivos conscientes del nuevo modelo mientras que crear otra imagen de la muerte, también esencial para el triunfo de la sensibilidad "civilizada", apareció, empero, como algo menos directa y claramente emparentado con la modernización de la sociedad.

Las resistencias de la sociedad "bárbara" ante algunas transformaciones impulsadas violentamente desde arriba -la condena del ocio y el juego, la imposición del culto al trabajo, por ejemplo- prueban que detrás de estos cambios de sentir y de conducta se halla la lucha social dinamizadora de un proceso cultural que fue, a la vez, obra de un sistema de dominación.

Elite y mayoría tuvieron, entonces, sus propios "tiempos" y también los tuvieron las distintas esferas de la sensibilidad. Hacia el Novecientos, empero, la sensibilidad "civilizada" ha triunfado y todo tiende a acompañarse y ocurrir a la vez: en las elites como en las mayorías, en

el plano de la muerte como en el de la sexualidad.

Todavía en 1869 la prensa popular como "El Ferrocarril" se lamentaba de la tentativa del Jefe Político de la Capital de prohibir el juego con agua durante el Carnaval y llamaba a la desobediencia colectiva: "*Lástima de ocurrencia[...]* Por el pellejo de Belcebú! Y con qué quiere Ud. que la emprendamos, estimado Sr. nuestro? [...] *Compasión, Sr Jefe [y...] que prescindiendo de las flores y de los cartuchos (ay!, tan sensibles al bolsillo) podamos entregarnos al placer de bañarnos recíprocamente [...]* ¡Viva el agua fresca! ¡Abajo el úkase que la priva!" (1). En 1890, ese mismo tipo de prensa, caso de "La Tribuna Popular", condenaba duramente "el desenfreno" que "pasó los límites" pues "se jugó [con agua] de una manera espantosa en las calles centrales de la ciudad" (2).

El cambio de actitud es sugestivo, el periodista de 1890 revela con su terminante enjuiciamiento del "desenfreno" que hasta los dirigentes naturales de los sectores populares habían pasado al campo de la sensibilidad "civilizada". El juego, la risa impúdica y el desparpajo del cuerpo tenían los días contados; la gravedad de la vida se había apoderado al fin del los uruguayos.

* * *

La fecha de finalización del nacimiento de la sensibilidad "civilizada" por la que hemos optado, 1920, es provisoria y tiene cierto grado de arbitrariedad. En la tercera década del siglo XX, parece, que a la vez de ser dominante, la nueva sensibilidad comienza a experimentar cambios. Las relaciones entre los sexos, por ejemplo, se modifican, y el baño de mar en común es una novedad significativa. El aborto, en cambio, el método de control «civilizado» de los nacimientos, parece instalarse definitivamente en los hábitos de las parejas, a lo menos montevidéanas. Pero la investigación histórica no ha avanzado lo suficiente aún para permitir afirmaciones rotundas. Si los treinta años que corren entre 1860 y 1890 son cruciales a la luz de esta historia como a las de las vidas política, económica, social y cultural, las décadas que se inician en 1920 están en la nebulosa y convocan, en primer lugar, al trabajo heurístico simplemente.

2. El entorno del Uruguay "moderno".

Llama la atención que estas tres décadas claves en que la sociedad generó una nueva sensibilidad (1860-1890), sean aquellas mismas en que el Uruguay se "modernizó", es decir, acompañó su evolución demográfica, tecnológica, económica, política, social y cultural a la de Europa capitalista, entrando a formar parte plenamente de su círculo de influencia directa.

Entre 1860 y 1868 ocurrió la primera gran transformación en el medio rural, su merinización, la incorporación de la explotación ovina al lado del tradicional vacuno, y, en la década siguiente, sobre todo entre 1876 y 1882, el segundo elemento alterador de la estancia tradicional, el cercamiento de los campos y la aceleración del mestizaje ovino y vacuno, todos hechos que se hallan en el origen de la sustitución del estanciero caudillo por el estanciero empresario.

La valorización de la carne, notoria ya hacia 1890, incrementada durante la instalación de los primeros frigoríficos (1905-1915), se unió al alambramiento para roerle a los sectores populares rurales aquella "insubordinación" y "altanería" que había sido la pesadilla de los hacendados, ahora sí transformados en patrones. La opción de la vagancia desapareció al mismo tiempo que el gaucho se transformaba en peón, o emigraba, o se marginaba en los "pueblos de ratas". Así se angostó el terreno propicio al juego "bárbaro" y al ocio del "vago".

Entre 1860 y 1890, la primera revolución industrial, la del vapor, se apoderó de la industria montevidéana incipiente, de la agricultura y del transporte, ocurriendo el boom de la construcción de vías férreas entre 1884 y 1892.

* * *

La sociedad a la vez se estratificaba con claridad. Los observadores extranjeros, ahora sí, distinguían clases y diferencias notorias. "El alto comercio", y los estancieros nucleados en la Asociación Rural desde 1871, comenzaban a ser llamados ya por 1880, "clases conservadoras", por ser tanto impulsoras de la paz política interna como guardadoras del orden social.

Los sectores populares eran ya observados con miedo social y no me-

ramente político, comenzaba a temerse más la Revolución a la francesa que la anarquía a la uruguaya. El viejo estigma de la "insubordinación" identificada con la "holgazanería" estaba desapareciendo de ellos para contento del patronato, pero al mismo tiempo, y para angustia de ese patronato, la "insubordinación" renacía convertida en huelgas (en 1884 ocurrió la primera de relevancia en Montevideo). Incluso la "insolencia" rural fue transformada en 1897 y 1904 por los caudillos blancos, muy a su pesar, en guerras civiles luddistas, destructoras de los signos del modernizamiento burgués de los estancieros: cercos de alambre y toros Durham, carneros Rambouillet y Romney Marsh.

A la vez los europeos fortalecían con su exportación de hombres y capitales este orden burgués que buscaba afianzarse. Sus primeras inversiones son de 1865: el Empréstito Montevideano-Europeo colocado en Londres y la Liebig's Extract of Meat Co. Ltd. A ellas seguirán más títulos de deuda y la entrada británica en los servicios públicos con las empresas ferroviarias a la cabeza en 1873-77.

Los inmigrantes, que habían arribado desde Francia, Italia y el País Vasco español en los primeros años de vida independiente, entre 1840 y 1890 llegaron a constituir la mitad de los habitantes de Montevideo y las 3/4 partes de su población masculina activa. Se dejaron influir por el espectáculo de la vida criolla "fácil", sin duda, pero también aportaron nuevos valores y un ansia monomaniaca de ascenso social que perturbó, tal vez definitivamente, el ocio, el juego y el "desenfreno" sexual de la Arcadía "bárbara". Frecuentemente eran ellos los impulsores de los cambios subterráneos que ocurrían en la sensibilidad y en los valores socialmente estimados. Lo testimonia, por ejemplo, el estudio inédito de J. C. Luzuriaga y de los Santos, sobre la adhesión o rechazo del santoral al designar los padres a sus hijos. La norma tradicional, el respeto al santoral, que alcanza el 70% de los primeros o segundos nombres de los hijos entre 1800 y 1842, desciende al 55-58% entre 1843 y 1864, años de fuerte inmigración; y mientras en el Montevideo blanco, criollo y español del Cerrito, el respeto al santoral llega al 64%, en la ciudad colorada, italo-francesa, argentina y oriental del Sitio Grande, el guarismo baja al 50% (3).

* * *

Pero no sólo se transformó la relación del hombre con la sociedad, también cambió la relación del hombre con sus sentidos. El entorno igualmente se modificó en el plano de los estímulos visuales, auditivos y olfativos que, en general, se anemizaron.

Todavía de las despensas de las casas de familia acomodadas escapaba el aroma de las especias (en especial del clavo de olor), los dulces, las compotas y las salsas en conserva. Pero, otras variadas y ricas incitaciones a los sentidos de la época "bárbara" estaban ya desapareciendo en el Uruguay del Novecientos.

La creciente especialización de los barrios de Montevideo había alejado hacia la calle Rondeau y adyacencias, las barracas y el olor fuerte de cueros y lanas, y hacia el Cerro, el tufo del tasajo y de la carne vacuna preparada en los mataderos de los modernos frigoríficos.

Los perros vagabundos ya no permanecían abandonados luego de ser sacrificados por los celadores, sino que eran perseguidos y llevados al depósito municipal. Orines y excrementos se vertían por seguros y fuertes caños maestros y no contaminaban el aire.

Los "huecos" habían desaparecido al edificarse todo el casco urbano y con ellos se habían ido el verde de las matas, el celeste azulado de los cardos y el olor a yuyos y flores silvestres. Ya no se encontraban perdices en los alrededores del Teatro Solís. Solo algún jardín interior recordaba, pero muy vagamente desde su estudiada geometría o aparente desarreglo, el contacto con la naturaleza sin doblegar.

A la ciudad de casas pintadas de distintos y cálidos colores que todavía había observado en 1890 el viajero norteamericano Teodoro Child, la estaba sustituyendo la de fachadas uniformes -blancas primero y luego grises- que imponían los nuevos métodos de construcción y el gusto "moderno". (3b)

El viejo silencio, tan poco quebrado antes, se transformó en el ruido "urbano" desde que aparecieron las líneas de "tramways a caballo" en 1868 y los automóviles y el tranvía eléctrico en el Novecientos.

El entorno olfativo, visual y auditivo del hombre "civilizado" no era contrastante y variado, no llamaba al ejercicio necesario y gozoso de todos los sentidos. En realidad, el nuevo hombre podía casi prescindir, por ejemplo, del olfato. La vida "civilizada" convocaba al apaciguamiento de las antiguas sensualidades nacidas al calor de las sensaciones olfativas, auditivas y visuales, las apagaba por el aquietamiento de las incitaciones del exterior: la monotonía del color en la ciudad, el "rumor in-

dustrial", los olores fríos y neutros provenientes de la obsesión por la "higiene pública". Es que la "civilización" volvió inútiles casi, el olfato, la audición del silencio y la percepción de la gama infinita de los tonos y colores, reservados en adelante a especialistas: perfumistas, músicos y pintores impresionistas. Los uruguayos comunes ya no tenían por qué estar alertas; su vida no dependía de la percepción inmediata del peligro en el matorral, sino de la reflexión requerida por el disciplinamiento de las pulsiones.

* * *

Si los cambios económicos y sociales alentaban el nacimiento de una sociedad burguesa -o que, a lo menos, tendía a serlo, como se puede tender a los modelos de los países centrales en los dependientes-, esa temprana burguesía tuvo a su alcance desde los años setenta, medios de presión suficientemente eficaces para imponer por primera vez en todo el país y a cada uno de sus habitantes, su concepción de la disciplina social.

El Estado se modernizó y volvió efectivo y real su poder de coacción, a la vez que monopolizó la fuerza física, desde 1876; el ferrocarril dio movilidad a las tropas del Gobierno central y alentó también la montevideanización del país, entendida aquí como irradiación de los valores de la modernidad desde la capital a la campaña, el último refugio de la sensibilidad "bárbara".

De su lado, la Iglesia Católica, desde el Vicariato y Obispado de Jacinto Vera (1860-1881), con su clero, ahora sí, adusto y también él, "empacado", pasó a ser un vehículo eficaz de la propaganda en pro de la contención de los "desenfrenos" a que tan propensos eran los ingobernables de siempre: niños, jóvenes y clases populares. La escuela estatal vareliana, por fin, gratuita y obligatoria desde 1877, imprimió a la vez la obediencia y el estudio tanto al niño "indómito" de la campaña, como al "jugador y pendenciero" de la ciudad.

El vencimiento de la sensibilidad "bárbara" se simplificó por haber sido incapaz de teorizarse ya que la teoría era su negación. Esa ausencia impidió la formación de una contracultura "bárbara" concientemente programada. La teoría y el plan premeditado eran, en cambio, la esencia de la "civilización" por lo que sus artífices fueron los elementos intelectuales de la nueva sociedad. Maestros, curas, y médicos, cuando buscaban convencer o imponer conductas y sensibilidades acordes con el nuevo Uru-

guay burgués despreciador del ocio y adorador del trabajo, partían de la base de que esos valores eran indiscutibles, lugares comunes de toda y cualquier cultura y orden social, por lo que alumnos, fieles y enfermos, solo debían descubrirlos en su interior, es decir, internalizarlos para mejor respetarlos. Así la supervivencia del gesto, el juego o la sexualidad "bárbaros" comenzó a vivirse con culpa, la derivada del convencimiento que habían logrado introducir esos agentes del nuevo orden en la conciencia del niño, el joven, el delincuente, el jugador, el holgazán, el "calavera", y el impúdico de cuerpo y sentimientos.

Escuela, Iglesia y Policía fomentaron, en realidad, y para poner límites a sus influencias, lo que las transformaciones económicas imponían si se quería seguir viviendo dentro de la comunidad y no como marginados: la eficacia, el trabajo, el estudio, la seriedad de la vida, en felices palabras de un historiador ruso (4).

Las clases dirigentes en lo político-religioso, y las "conservadoras" o privilegiadas en lo económico-social, actuaron como los más eficaces agentes del cambio de la sensibilidad.

Esos sectores habían pensado ya a comienzo del siglo XIX que la "regeneración" de la sociedad bárbara pasaba, entre otros hechos fundamentales, por la "civilización" de su manera de sentir la violencia, lo lúdico, la sexualidad y la muerte.

El Uruguay del trabajo a la "yanqui" sustituyendo el ocio "a la española", del aquietamiento de las pasiones políticas y el "desenfreno" lúdico, en el sentir de estos sectores pasaba por el fortalecimiento del Gobierno central, la inmigración europea y la colonización agrícola de la campaña ganadera, pero también dependía del cambio de sensibilidad, de nuevas actitudes ante la vida y la muerte, tanto del rechazo a la violencia sobre el cuerpo como de la mejor represión de los deseos "inconsultos" del alma, tanto de la ocultación de la muerte como de su conversión en poder formidable, aliado de la Autoridad y negador absoluto de la vida.

Lo dirá en el Novecientos un eximio representante de la sensibilidad "civilizada", el Presidente José Batlle y Ordóñez, al justificar su oposición a las "sangrientas" corridas de toros: *"El que concurre por primera vez se horroriza de la atrocidad del espectáculo; pero la sensibilidad se gasta, se cansa con su repetición, y el horror del primer día se convierte, al fin, en una voluptuosidad que podría calificarse, quizás [...] de verdaderamente salvaje"*. La sensibilidad "bárbara" y sus juegos ancestraban *"la repugnancia física que inspira al hombre el dolor extremo"*,

favoreciendo así la violencia física bajo todas sus formas, una de las cuales el Uruguay conocía demasiado bien: la guerra civil, madre de la ruina del Estado y los particulares (5).

Sofocar la alegría "bárbara", cuya máxima expresión se alcanzaba en el ocio interminable del Carnaval, la violencia de su juego de agua, la burla irreverente a la majestuosidad y el poder de la muerte acacada en la "ceremonia" del entierro del Carnaval, era esencial si se deseaban cambios sociales, económicos y políticos. Lo dirán los jóvenes principistas Julio Herrera y Obes, Jacinto Albistur y Pablo de Marfa, en 1873, al aplaudir el primer edicto policial que con éxito prohibiera empaparse con agua: "*Sea la reforma del carnaval preludio de otras reformas más graves y trascendentes. La regeneración de la patria será el hermoso fruto de los esfuerzos de los hombres de buena voluntad*" (6).

La "distancia que media" entre el nuevo y el viejo Carnaval, escribieron los redactores de "El Siglo" en 1878, es la existente "entre la barbarie y la civilización". Los "días de locura general", con muertes violentas, apaleados y empapados, habían cedido el turno "al pomito de agua perfumada con pretensiones aristocráticas" ocurriendo así una "verdadera revolución filosófico-social" (7). Julio Herrera y Obes y Francisco Bauzá, el Presidente y el Ministro autores de la "supresión" del "juego de Carnaval" en marzo de 1892, hicieron explícito, por fin, uno de los argumentos que estuvo siempre implícito en los decretos en pro de la civilización de la fiesta bárbara: "*dificulta el desenvolvimiento del trabajo por la abstención que impone a las clases ocupadas de la sociedad, durante los días hábiles que absorbe*" (8).

En realidad, las clases altas sintieron muy tempranamente que la cuestión de la sensibilidad era una faceta más de la "cuestión social". La sensibilidad "bárbara" fue considerada como uno de los aspectos a modificar del mundo en que vivían los sectores populares de aquella sociedad.

Para José Pedro Varela, el creador de la escuela disciplinadora del niño -un "bárbaro" etario- y la población rural -el gaucho era un "bárbaro" cultural-, la "civilización" de esas dos "barbaries" (tan sagazmente emparentadas), era esencial si se deseaba la "regeneración" del país. En 1865 escribió en La "Revista Literaria" que el gaucho (en 1877 añadirá: el niño), vivía en "*La Libertad salvaje [...] la libertad que no refrena ni las malas costumbres ni los vicios y que hace que el hombre se aproxime más y más hacia la esfera del animal*". El mal del gaucho (y del niño sin escuela, dirá después) era "el horror al trabajo", acti-

vidad que "*ennoblece la criatura y fortifica en el hombre las sanas ideas*". "La ociosidad" en la que "*los gauchos pasan su vida [...] es fuente de todos los vicios y de todos los males*". De ahí el "atraso" económico del país, sus guerras civiles endémicas, pues "*políticamente considerados, los gauchos son elementos disolventes*" (9). Solo la educación haría del gaucho -y del niño-, de esos elementos ociosos y levantiscos -"bárbaros"-, ciudadanos trabajadores y pacíficos: "civilizados".

Antonio Gramsci, el enriquecedor marxista italiano, nos descubre un mundo de relaciones similares entre la esfera de la historia de la materia y la historia del espíritu, entre los cambios de la sensibilidad y las transformaciones profundas de las estructuras económicas. En sus "Cuadernos de la Cárcel" de 1929-30, dijo: "*El industrialismo es una continua victoria sobre la animalidad del hombre, un proceso ininterrumpido y doloroso de sojuzgamiento de los instintos a nuevas y rígidas costumbres de orden, de exactitud y precisión*". Y añadió: "*El trabajo, por ejemplo, exige una rígida disciplina de los instintos sexuales, o sea un fortalecimiento de la «familia» en el sentido amplio (no de esta o aquella forma histórica), de la reglamentación y estabilidad de las relaciones sexuales*" (10).

Un modo de producción nuevo -como el que estaba gestándose en el Uruguay de 1860 a 1890- implicaba cambios en la sensibilidad, modificaciones del sentir para que a la vez ocurrieran transformaciones sustanciales en la conducta. Y así, sensibilidad y cambio económico entrelazados, no son ni causa ni efecto el uno del otro, sino factores que tanto se abren camino juntos como se limitan y se obstruyen el paso. Lo que cuenta en estos lazos entre sensibilidad y modo de producción es, entonces y antes que nada, advertir su correlación, notar que cierto esfuerzo de ascetismo de toda la sociedad fue contemporáneo de su "modernización" y que ambos fenómenos se alimentaron mutuamente y se necesitaron.

3. "Pecado" y "barbarie": la concepción católico-burguesa.

La naciente burguesía uruguaya (*) comprendió en la segunda mitad del siglo XIX, lo que su mentora en este plano, la Iglesia Católica, sabía desde por lo menos el siglo XVI, que el mundo de los "desórdenes" encubre al "desorden", que existen lazos, a veces sutiles y en otras ocasiones hasta obvios, entre la disciplina en el trabajo y la contención de la sexualidad; entre el desenfado del cuerpo en las fiestas populares y la irreverencia hacia las autoridades, incluida la que los sectores dominantes le atribuyen a la muerte; entre las "rabonas" de los niños a las escuelas y las faltas de los trabajadores a las fábricas los lunes; entre esa "almohada del diablo", que era (¿es?) el ocio según el Arzobispo Mariano Soler en 1904, y todas las "malas pasiones", según apuntaron, en total acuerdo, los liberales en 1866.

La clave implícita en esta postura afirmaba la unidad psicológica esencial que impregna a todas las conductas humanas; sostenía que los planos en que diferenciamos esas conductas de acuerdo a las ideas habituales del diario vivir, en realidad son brumosos y se interpenetran por doquier de tal manera, por ejemplo, que la laboriosidad depende y a la vez influye en la sexualidad, o la exacerbación del miedo reverente ante la muerte va de la mano con la incapacitación para el juego y la risa irreverente.

La cultura "bárbara", parecen decirnos católicos y liberales, se com-

(*) Utilizaremos desde ahora este término extraído de la historia social europea para designar a nuestras "clases conservadoras". No eran lo mismo, pero se parecían. La burguesía europea y estadounidense de fines del siglo XIX era esencialmente financiera e industrial, la uruguaya, mercantil, financiera y terrateniente; la primera había llevado a su culminación una concepción de la vida cuyo norte parecía ser la acumulación de capital, la uruguaya todavía compartía sus ideales con los derivados de cierto aristocratismo despreciador del trabajo manual heredado de la Colonia que la atracción de la actividad política y universitaria alimentaba permanentemente; la europea y estadounidense, por fin, dominaba a sus Estados respectivos, la uruguaya, en cambio, dependía del Estado. Sin embargo, a pesar de estas diferencias de no poca monta, las situaciones sociales eran similares: ambas eran, al fin y al cabo, clases altas poseedoras de los medios de producción, enfrentadas a la necesidad de disciplinar a las clases populares a fin de tornarlas aptas para los sistemas productivos modernos que impulsaban. Claro que no era lo mismo disciplinar al ya relativamente controlado campesinado inglés que "civilizar" al "proletariado" ecuestre y "bárbaro" de la economía ganadera uruguaya.

portaba como una "gestalt", una forma vital que incluía entre sus indisolubles componentes tanto la actividad lúdica desenfrenada como la sexualidad "chusca", la irreverencia ante la muerte, la emotividad exhibida y la admisión normal de la violencia física.

El "desorden", la esencia del pecado para los católicos, era, en sustancia, la desobediencia al Padre, a Dios y sus reglas; la "barbarie", la esencia del mal uruguayo para los liberales anticlericales, era, también en sustancia, una desobediencia, la del "salvaje" a los dictados de la "civilización". Iglesia y Burguesía estuvieron de acuerdo en imponer a todos, incluyendo a sus propios integrantes, el disciplinamiento de las pulsiones, en otras palabras, en crear un tipo determinado de cultura y ese tipo concluyó enlazado de alguna manera con el modo de producción y el sector social dominante, por lo cual la impronta burguesa fue más definitiva que la eclesial.

Pecado y "barbarie" se nutrieron de contenidos similares y fueron equiparados, ganando la nueva sensibilidad para su causa tanto al cura como al maestro y al médico, tanto la bendición de la Religión como la sanción de la "sabiduría". El rebelde, el "bárbaro", era un alzado contra Dios y contra la Ciencia, por lo que sus días estaban contados ya que ninguna construcción ideológica podía oponer a esa formidable coalición decimonónica. El "bárbaro" comenzó así a sentirse a la defensiva, a convencerse de que debía protagonizar un cambio interior tanto más cuanto al cura, al médico y al maestro se unió el cambio económico-social para decretar la inviabilidad del anterior "desenfreno".

Las clases dirigentes -políticas y clero-, y los sectores "conservadores" o burgueses, intencionalmente promovieron el cambio de sensibilidad para imponer su concepción de la "tranquilidad" política y el "progreso" económico. Y así, lo que ahora descubre el investigador, la unidad esencial entre la historia del espíritu y la historia de la materia, entre el tiempo de la sensibilidad y el de la economía, no es más que esa intencionalidad, esa convicción decimonónica que hallamos limpiamente y sin ninguna clase de interpretaciones forzadas en sermones, catecismos, libros de oraciones, textos y programas escolares, discursos de legisladores y folletos del Consejo de Higiene.

El terror al ocio, a la sexualidad, al juego y la fiesta; el endiosamiento del trabajo, del ahorro -de dinero y de semen-, del recato del cuerpo dominado, he ahí la colección de miedos y valores que curas, maestros, médicos, padres de familia y dirigentes políticos esgrimieron contra

el niño, el adolescente, el joven, la mujer y las clases populares, los principales -aunque no únicos- destinatarios de esta "reforma moral". Porque la "moralidad", lo veremos, lo invadió todo, hasta las que se creían alejadas esferas del "orden en la casa" y la "higiene personal".

Así, el Arzobispo Mariano Soler recomendaba al clero en 1904, "*estar ocupados [siempre] en cualquier trabajo útil [...] por cuanto la ociosidad es la almohada del diablo y la madre de los vicios de la carne*" (11), consejo que su Vicario General, Santiago Haretche, en 1902 había hecho extensivo a todos los fieles por cuanto hufr de las "*ocasiones más frecuentes que inducen a la deshonestidad*" implicaba evitar no solo "*las malas compañías, las malas lecturas, las diversiones inmorales*", sino también "*la ociosidad*" (12).

De su lado, el maestro vareliano enseñaba por el programa vigente para cuarto año entre 1897 y 1914, que "*La ociosidad es la madre de todos los viciós*" y que "*El trabajo es fuente de salud, alegría y bienestar*". En 1925 repetía el texto de "Cultura moral": "*El trabajo produce además el apaciguamiento de los deseos inquietos. Todos los moralistas lo recomiendan a aquellos cuyo corazón está turbado [...] aleja de nosotros tres grandes males: el tedio, el vicio y la necesidad*" (13). Como repetía un texto en uso por los maestros: "*De todos los hombres míseros, los ociosos son aquellos que más lo son [...] que no tienen otra cosa que hacer sino satisfacer sus sentidos*" (14).

El mismo vínculo entre ociosidad y "libertinaje" sexual -ambos disfuncionales a la economía moderna- lo había creído ya encontrar en 1885, la burguesía anticlerical que informó favorablemente la ley contra la vida conventual: "*La ociosidad en que vivían los monjes [medievales, fue] causa de que bien pronto el desorden y la corrupción en las costumbres predominaran en los conventos [...] de ambos sexos*" (15). En 1866 el periodista liberal y colorado que escribiera en el diario "La Tribunita" lo había también sostenido: "*Dios dijo al hombre que amase el trabajo, porque su infinita sabiduría comprendió que Adán y Eva no hubieran sido los primeros pecadores si la molición y el abandono no les hubiese hecho crear deseos*" (16). La tesis sentada, que la caída había tenido su origen en la holgazanería de la pareja bíblica, era, tal vez, la culminación de este cristianismo burgués.

La ociosidad "bárbara" se aliaba al "vicio", sin duda, pero éste, que era una hidra de mil cabezas, también se emparentaba con el despilfarro económico. La mujer católica debía ser "modesta" en el vestir,

es decir y a la vez, gastar poco del dinero de su marido y guardar el "pudor" en el traje, sostenía Mariano Soler en 1890 (17). La escuela vareliana de su lado afirmaba que "el ahorro" comprendía "*la abnegación de sí mismo, la supresión del placer presente por el bienestar futuro*" (18).

La represión de la sexualidad "bárbara" conduciría al trabajo, al ahorro de bienes materiales y también a la sabiduría, al "estudio". Porque "*el trabajo, sobre todo el mental, es fecundo en graves y santos pensamientos*", decía Mariano Soler en 1890 (19), y porque "*solo cuando los hombres llegan a ser sabios y prudentes se hacen frugales*", según añadía el texto escolar del Novecientos (20).

El investigador halla en esta prédica en pro del cambio de sensibilidad, el señalamiento de dos grandes enemigos, siempre sugestivamente entrelazados: la sexualidad y lo lúdico. Ellos están en la base, dirán curas, maestros, médicos y políticos, tanto de las irreverencias al orden social y político como de la "holgazanería", factores que caracterizaban el Uruguay "bárbaro".

La sexualidad, he ahí un hecho particularmente irritante porque todo lo invadía y lo subvertía: "*Este instinto, más que cualquier otro, debe ser disciplinado, yo no sé si las madres piensan en él con bastante seriedad*", decía un artículo de 1910 en los "Anales de la Instrucción Primaria" (21).

El juego, por fin, he ahí el ocio aliado a la risa, la "pérdida" del tiempo, la negación del trabajo unida a la irreverencia frente a cualquier orden, desde los emanados de la autoridad política hasta los derivados de la lógica interior del lenguaje. Entonces los textos escolares de lectura convirtieron desde 1880 al juego de los niños casi irremediamente en "travesuras", en "rabona" ante la tarea escolar, haciendo solo "virtuosa" a la niña que "*cuando alguna amiga curiosa iba a buscarla para proponer un paseo, una diversión agradable [...] no aceptaba nunca*", según indica Alfredo Vásquez Acevedo en su "Libro Tercero de Lectura" en 1896 (22). Por ello también, José H. Figueira señaló en 1907, en otro "Libro de Lectura", buscando culpar al niño por sus inclinaciones: "*Nosotros preferimos el estudio al juego*" (23).

La Iglesia venía sosteniendo lo mismo desde mucho antes. En la "Vida de San Luis Gonzaga" reimpresa en Montevideo en 1861 y dada a los niños como novela ejemplar, el santo: "*Hizo en Florencia asombrosos progresos en el camino de la perfección, reduciéndose todas sus diversiones a la oración y al estudio. Desde entonces hizo propósito de no ju-*

gar en su vida a juego alguno y jamás lo quebrantó" (24).

El juego y la sexualidad creadores de un contra-mundo de disipación de bienes (el tiempo, el patrimonio, la salud y la "virtud"), eran inclinaciones particularmente a disciplinar cuando no a suprimir. Detrás de los dos estaban la risa y el placer, enemigos mortales de la seriedad y el empaque que esta burguesía quería imponer a la vida "bárbara" para "civilizarla" y tornarla productiva.

* * *

Y como la "barbarie" o su forma religiosa, el pecado, asomaban por doquier, sus contraccaras, la "civilización" y la virtud debían también invadirlo todo.*

Por ello suscribió Jacobo A. Varela en 1880, como Inspector Nacional de Instrucción Pública, el siguiente programa de "Moral y Maneras" a enseñar a los niños: "*La necesidad del trabajo. Moralidad de la limpieza, del orden, de la economía. Análisis moral del estudio, de las diversiones, de los juegos de azar, la vagancia, el baile, la lotería, el agio, la bebida de licores espirituosos, etc.*" (25). Los hechos habían probado, a su entender, que el pecado y la "barbarie" podían asomar tanto por la suciedad como por el baile.

Así comenzó el tiempo de la vigilancia estricta, del control de los que por naturaleza eran "bárbaros" para esta sociedad burguesa: niños, jóvenes, mujeres y sectores populares. Sus lugares y tiempos de esparcimiento -la taberna urbana, la pulpería rural, los bailes, el Carnaval- y sus cómplices: hay toda una literatura catequística, médica y escolar sobre las "malas compañías" de los jóvenes y niños, desde los otros niños hasta, y sobre todo, "los sirvientes". Esas "malas compañías" debían suprimirse, controlarse o ser internalizadas como enemigos.

* * *

La sensibilidad "bárbara" no solo provocaba el "atraso" económico, es decir, la "holganza", causaba también la anarquía política, mal bien uruguayo, por cierto, y acercaba el socialismo, "mal" más bien europeo en aquel Novecientos uruguayo.

Y ello sucedía así porque las "pasiones" minaban toda autoridad: la de los padres frente a sus hijos, la del Gobierno frente a los ciuda-

danos, la del patrón ante sus peones y obreros. De este modo, y al decir del Obispo Inocencio María Yéregui en 1884, los hijos que perdían su "pureza" en las escuelas del Estado, se volvían "*incorregibles, llenos de soberbia, desobedientes y díscolos*" (27). Por ello también era que la "concupiscencia", el deseo desenfrenado de placeres materiales, trasladado del individuo a las masas conducía a la Revolución. Dijo Mariano Soler como Obispo en su Pastoral sobre "La cuestión social" en 1895, citando a Winterer: "*Se ha negado la existencia del cielo y se ha proclamado el goce material y sensual como el fin supremo de la vida. El socialismo ha aceptado este dogma y pide la igualdad de placeres para todos, reclamando el derecho de las masas en el banquete de la vida material. ¡Con qué gritos de impaciencia no manifiestan los socialistas la sed que tienen de goces materiales [...]!*" (28). (*)

Guerras y Revolución tenían su origen, según el católico "El Amigo Obrero" de 1899 en la "*Avidez que nunca se sacia [y] acuna tormentas, levanta oleajes y desencadena en el corazón terribles huracanes*" (29).

Por eso, parte de la burguesía siguió viendo en la Iglesia Católica la mejor guardiana de las "pasiones" "bárbaras" del pueblo a la vez que uno de los antídotos más eficaces "*para alejar cuanto sea posible el socialismo que nos invade*", al decir del miembro de la Asociación Rural, Juan G. Corta en 1874 (30). Y a los liberales ricos que habían olvidado ese rol de la Iglesia, un cura se los recordó en enero de 1872, a pocos días de la ominosa Comuna de París: "*Si pudiera uno alegrarse de la desgracia del prójimo, sería un estudio agradable de ver todos aquellos pretendidos sabios, los abogados, los médicos, los magistrados, los capitalistas, en fin, todos aquellos que tienen bienes y posiciones, alterados por provisiones siniestras [...] el Señor les hace expiar ya la guerra estúpida que desde hace muchos años hicieron a la religión. Principian de convencerse que el hombre sin religión es no solo un animal, sino todavía el más terrible de los animales, porque a la ferocidad del animal reúne la inteligencia y la ciencia para conseguir los deseos de sus instintos perversos*". (31)

La "civilización" de la sensibilidad, entonces, no solo aseguraría el cambio económico-social sino también que este cambio fuera en paz, es

(*) Los socialistas por su parte, acusarán a la burguesía de sacrificarlo todo, incluso su propia vida, a los "placeres materiales".

decir, conduciría tanto a la implantación del orden como a su propia intangibilidad ya que la "barbarie" y el pecado, connaturales al hombre, podían renacer bajo otras invocaciones igualmente inciviles, por ejemplo, el socialismo y la Revolución, de no dominarse los "instintos perversos".

Este fue el planteo de la Iglesia Católica y de la burguesía. Desde el ángulo hasta aquí descripto, entonces, esta historia de la sensibilidad "civilizada" es la de la construcción de un orden social.

4. Víctimas y victimarios.

Pero también esta historia de la sensibilidad "civilizada" es la historia de una represión cuyas primeras víctimas fueron los propios autores de la concepción católico-burguesa recién descripta. Desde este ángulo, el victimario se transformó en víctima, el burgués triunfó sobre el hombre "bárbaro" que él también era. Dicho en otros términos, lo burgués aparece mucho más como un modo de ser, como la adopción de una sensibilidad determinada, que como un sector social dominante y victimario. Y, sin embargo, también era esto último.

¿Qué factores debilitaron las resistencias de la cultura "bárbara" y facilitaron, en consecuencia, el triunfo de la "civilización"? Sin duda, el cambio económico, que fue tanto causa como consecuencia, de la transformación espiritual; también la fuerza de los detentadores de los principales instrumentos de coacción y socialización: el Estado, la Iglesia, la Escuela, el Hospital.

Pero la "barbarie" fue minada incluso desde dentro de los sectores que podemos calificar más limpiamente de víctimas: los niños, los jóvenes, las mujeres, y, sobre todo, las clases populares. La sola voluntad de la burguesía y la Iglesia no hubiera podido imponer esta modificación de naturaleza a la vez sutil y profunda a la sociedad de no haber contado con los dirigentes y cierto sector -que no podemos cuantificar- de la masa popular, particularmente en el medio urbano. Desde este ángulo, esta víctima lo fue por partida doble, por su lugar social dentro de un sistema que la dominaba y por adoptar una sensibilidad que frenaba sus

"pasiones". (*)

Los dirigentes sindicales, los primeros enemigos ideológicos del incipiente capitalismo uruguayo, fueron, por ejemplo, eficaces agentes internalizadores de la sensibilidad nueva en el proletariado montevideano.

Del unánime elogio al trabajo y la condena también unánime del ocio y la taberna predicados por socialistas y anarquistas, extraigamos estas palabras a favor del cristianismo dichas en el Club Liberal Francisco Bilbao, semillero de dirigentes socialistas: "[el cristianismo, no el clero] condena todos los vicios y aconseja todas las virtudes; aconseja la virtud en el trabajo, como primer factor para moderar las pasiones y adquirir un modo de vida honesto" (32).

Un breve pasaje por la prensa obrera finisecular y un conocimiento parco pero real de algunas vidas de dirigentes sindicales del período, testimonian el asombroso -asombroso por similar al clerical-puritanismo de estos hombres.

En las mutualidades de trabajadores de 1870 -tipógrafos y cocineros, por ejemplo- la asistencia médica se reducía o no se prestaba en caso de "*Enfermedades originadas por el libertinaje*" (33). Las historias ejemplares de jóvenes pobres atraídas por estudiantes burgueses o capataces de fábrica, frecuentes en la literatura militante de la época, se hallan urdidas tanto sobre la base de la condena del explotador de la obrera como de la condena del hombre "*seductor*", calificativo que recuerda, porque es el mismo, al empleado en órganos católicos del período. Obsérvese este ejemplo extraído de un folleto publicado por "La Biblioteca Juventud Libertaria" en 1903: "*Tristísima es la condición de la mujer obrera [...] Es la edad de los ensueños y de las ansias amorosas [...] ¡Para cuántas ha comenzado con la brutalidad de un capataz de taller que amenaza [...]! ¡Cuántas que en su inexperiencia han sido víctimas del primer mozalbete que las enamora para abandonarlas enseguida!*" (34). La concepción de la familia y la famosa "*unión libre*" anarquista eran igual-

(*) Los términos víctima y victimario no deben entenderse como tomas de posición del investigador a favor de la sensibilidad "bárbara" por permisiva de las "pasiones", y condena de la "civilizada" por represora de las mismas. En realidad no hay construcción posible de ningún modelo cultural sin inhibir las pulsiones. En todo caso de lo que se trataba era de que este modelo "civilizado" reprimía severamente algunas -la sexual por ejemplo- y encauzaba otras a favor del "progreso" económico, por ejemplo la agresividad y la violencia físicas transformadas en competencia y fuerte individualismo.

mente puritanas. He aquí la definición de la familia ideal dada por el periódico montevidéano "Lucha Obrera" en abril de 1884: "Atraídos por un profundo y recíproco afecto, los dos seres se unen para pasar toda su vida juntos [...] y para elevar los hijos de su amor". En cuanto a la "unión libre" se aclara de inmediato su sentido: "La unión libre que no debe ser confundida con el amor libre, o sea con el amor de los fáciles cambios, y segundamente de los caprichos de la persona, [se basa en] la igualdad del hombre y de la mujer y sobre ciertos derechos reconocidos a los niños contra los abusos del poder de los padres" (35).

Por eso podía suceder que los sectores "progresistas" menos avanzados -eso sí- de la causa obrera, el primer batllismo por ejemplo, entregaran las menores "descarriadas" al cuidado y severa vigilancia moral de las monjas del Buen Pastor, tal el caso del Presidente Batlle y Ordóñez en junio de 1912, sabiendo perfectamente esos sectores que la "civilización" de estas jóvenes pasaría no solo por el encierro sino también por la misa diaria "a las 7", la "instrucción moral y urbanidad [...] de mañana y de tarde", para concluir a las 19 y 30 con las "preces de la noche" (36) (*).

La sensibilidad "civilizada" de los dirigentes socialmente contestatarios del Novecientos asoma en cualquier ocasión, incluso en aquellas en que el investigador espera verla rechazada, al menos ideológicamente. El sufragismo de las burguesas mereció este juicio de una dirigente anarquista montevidéana en junio de 1911: "Para no ser elementos de disolución, es decir, sufragistas, nos fundamos en que ese es un asunto que no interesa a las mujeres de aquí, sencillamente porque viven todas ellas muy a gusto en el seno de la familia, cuidando a sus hijos y acariciando ilusiones sobre el porvenir. Las que en diferentes naciones europeas han abrazado con frenesí [...] el sufragismo, son en su totalidad mujeres que soportan las terribles consecuencias de una pésima elección conyugal y que no esperan nada de los afectos de la familia, ni de las delicias del amor" (38). Y conste que anarquistas y socialistas eran casi los únicos en mencionar la necesaria "emancipación" política y familiar de la mujer, hecho que, en el caso de los anarquistas no pasaba, claro está, por el sufragio. Lo que interesa advertir del documento no es tanto el elogio a la mujer "de hogar", desmentido por otros escritos si la dedicación

(*) Recién en 1928-29 el batllismo se atrevió a criticar esta solución al problema de las menores "descarriadas", proponiendo retirarlas del cuidado de las monjas.

a él era estricta, como el ascetismo de esa esposa "muy a gusto en el seno de su familia, cuidando a sus hijos", y que solo se permite "acariciar" las "ilusiones del porvenir", es decir, la Revolución Social.

Dirá un anarquista desde "Despertar" en 1913, en tono apocalíptico, moralizador y casi religioso: "Estamos en plena crisis de todo un mundo que amenaza próxima ruina. Desgastados los resortes de la vieja moral [...] todo el mundo se entrega a las más bajas pasiones [...] Todas las cualidades nobles de la persona bailan una danza macabra y se prosternan en el altar de la concupiscencia" (38 b). Las condenas anarquistas al "lujo" y la "concupiscencia" del burgués eran funcionales, en última instancia, para el nuevo orden establecido. De ellas se deducía que si la subversión política y social era auspiciada, no se entreveía, en cambio, la sustitución de la sensibilidad "civilizada" sino su afianzamiento.

Si esta era la actitud de los dirigentes, ¿fue diferente la de la masa?

Hay indicios de que por lo menos la aceptación de la "civilización" fue más matizada.

El fin del juego del agua en Carnaval, por ejemplo, resuelto por la autoridad desde 1873 con cierto éxito, fue resistido. Al menor debilitamiento del control policial, se producía "la resurrección de tan bárbaro juego", como acotaba "La Tribuna Popular" en febrero de 1890. Así, en 1888 fue la soldadesca del Cuartel de Artillería la que se vengó de la elite civilista y la caída del Capitán General Máximo Santos, bombardeando a "las señoras" con "una bomba de goma llena de agua" (39); en 1890, "el desenfreno subió de punto" y en el centro de la Capital se "agredía" con "balde de agua, bombas tremendas, huevos naturales y artificiales, tomates [...] a los particulares y máscaras que se veían precisadas a pasar por los cantones que se habían formado en las casas de familia" (40); en 1892, el espectáculo se reiteró y la prensa "civilizada" acotó: "No se respetaba a nada ni a nadie [...]" (41).

La autoría de estos episodios fue atribuida por el Ministro de Gobierno, Francisco Bauzá, un "civilizador" a ultranza, a "muchas personas del pueblo" (42); otros, como el diario "La Tribuna Popular" en 1899, vieron en ello "a la unanimidad del público" (43). De lo que no caben dudas es de su persistencia sobre todo en el medio rural y las ciudades del interior, últimos refugios de la sensibilidad "bárbara" (44).

Porque allí donde la urbanización, la inmigración europea, el Estado, la medicina, y la Iglesia Católica concentraron sus fuerzas -y sus fuegos contra la "barbarie"-, en Montevideo, la "civilización", como lo

deseaba Sarmiento, se instaló rápido y con fuerza incluso en la masa popular.

La urbanización exigía y a la vez presuponía algunos elementos de la sensibilidad y la conducta "civilizada", desde las normas de urbanidad que aherrojaban el anterior y "chusco" desenfado del cuerpo, hasta el trabajo disciplinado al que era casi imposible escapar. La inmigración europea, a veces por provenir de medios ya "civilizados" pero siempre por desear el ascenso social, aceptaba y/o proponía "enfrenar" las "pasiones" en pro del ahorro de casi todo lo que se creyera objeto posible de disipación: tiempo, dinero, y semen. Si a ello unimos en Montevideo el peso mayor del aparato estatal (ejército, policía, hospitales y escuela) y del eclesiástico (parroquias, colegios católicos, etc.), tendremos un cuadro en que se conjugaba el vigor de los agentes "civilizadores" (policia, maestro, médico y cura) con la predisposición de la población urbana y los inmigrantes a dejarse "civilizar" cuando no a iniciar ellos mismos el proceso del cambio de sensibilidad.

De ahí los puritanismos de origen popular que se advierten en la prensa dirigida al gran público, la iniciativa que a veces tomaba el "pueblo" de "llamar la atención de la Policía sobre los dibujos inmorales que se exhiben ante la vista escandalizada de las familias", como en enero de 1870 (45); las "quejas" de los pobladores de ciertas calles non santas del barrio portuario, como Colón en 1866, ante el espectáculo que daban de noche "ciertos establecimientos que debieran estar lejos para que allá a solas, hiciesen sus moradores lo que mejor les cuadre" (46); y las cartas de los fieles al Obispo Jacinto Vera luego de 1870 proponiendo planes para poner "un dique al presente desborde de la prostitución" (47).

La presión social en pro de la represión de las "pasiones" fue reconocida por las autoridades. Así, por ejemplo, Jacinto Vera debió comunicar sus reservas para admitir como maestra en un colegio de monjas a una joven de antecedentes dudosos aunque completamente reformada en sus costumbres, ya que "si se supiera el origen de tales sujetos esto podría ocasionar malas impresiones" (48). ¿Acaso el propio lenguaje popular no comenzó a designar con el calificativo de "calavera" a los jóvenes que disipaban su "honor" y su fortuna en aventuras galantes, denunciando de este modo condenar tal tipo de conductas? (49).

En otras ocasiones correspondió el turno a la prensa popular de criticar el ocio "bárbaro", la vagancia y la mendicidad. "El Ferrocarril" definió su posición "civilizada" en 1870: "La caridad es una cosa bue-

na [...] pero la caridad fomenta el pobrerió y causa adversión al trabajo" (50). Pero fueron los trabajadores y pequeños comerciantes del Cerro los que dieron la nota de un cambio no inducido y sí asumido de sensibilidad en 1886, cuando exigieron a la policía la prisión de esos "individuos que hacen toda clase de empeños en establecer garitos y bajo el nombre de ruleta [...] juegos de azar tan peligrosos como inmorales" (51).

* * *

En la Historia de la Cultura debe recordarse que no existen las brusquedades del acontecer político. Y así como el ritmo de los cambios es lento, también es cierto que poco o nada desaparece por entero.

Todavía el Novecientos asiste a "buenas muertes" en familia, según comprobamos en el Tomo I de esta obra, y algún Carnaval se desboca chuscamente hacia la "barbarie". Pero los dados están ya echados. La sensibilidad "civilizada" ha ganado su batalla.

Elite política e intelectual, clase económicamente dominante, dirigentes sindicales y masa trabajadora -más en la ciudad que en el interior, eso sí, probando una vez más el predominio del corte regional sobre el social en el Uruguay-, comparten un mismo horror a esa altura explicitado con palabras y repulsiones, al exhibicionismo del sentimiento, la violencia física, la sexualidad incontrolada y "picaresca", al cuerpo desenfado y la muerte exhibida.

En esos lugares se ha instalado la "privatización" de las emociones, la represión del alma, el puritanismo, la gravedad y el pudor en el cuerpo, la negación de la muerte. En menos palabras ya dichas: la seriedad de la vida.

Algo de la vieja "barbarie", empero, permaneció como atmósfera. Ese algo que pudo captar una emigrante italiana singularmente lúcida -y anarquista- al llegar al Uruguay de 1930 y hallar: "Una mentalidad muy particular que constituye, a mi entender, la esencia del Uruguay [...]. El sentido de la libertad y de la dignidad personal, la falta de trabas, el espíritu abierto, la naturalidad de la vida. Cosas que en Europa ya se habían perdido [...]" (52).